

ESO YA ES GANANCIA

Por: Danae.

Salomón recuerda como pocos el 13 de enero de 1995. Ese día a eso de las 10 de la mañana, una comisión guerrillera llegó a la finca lechera donde él trabajaba ordeñando y cuidando ganado, en las montañas del sur del Tolima. A la hora en que llegaron aún no terminaba la ardua labor cotidiana, pues aún estaba en la prensa cuajando el queso. A sus escasos 10 años, era todo un martirio tener que encargarse solo de encerrar becerros, ordeñar y recoger la leche de 25 vacas y luego proceder a cuajar y prensar el queso. Pero en su casa desde los seis o siete años había que trabajar porque eran muchas bocas para alimentar y su papá no alcanzaba a surtir los gastos de sus siete hijos y su esposa enferma.

Salomón recuerda que a sus seis años ya salía a limpiar potreros con su padre, y que nunca pudo jugar como otros niños ni ir a la escuela. Quizá por eso, dice él, ahora no logra aprender mucho que digamos.

Los guerrilleros llegaron esa mañana buscando a la dueña de la finca, para tratar un asunto de linderos. Salomón no pudo darles razón ni grande ni pequeña pues la patrona escasamente venía a traerle la remesa una vez por mes, y enviaba a un muchacho a recoger los quesos una vez por semana.

Por esos días, ya no le quedaba sino un poco de aceite, azúcar y sal, y luego de ordeñar, cuajar y curar el ganado, debía irse a pescar en el río, para poder comer. Los guerrilleros decidieron parar a preparar comida y en un periquete ya tenían montado el fogón. A eso de la 1 y 30 estuvo el almuerzo. A él lo llamaron a almorzar como a uno más de ellos. Eso lo hizo sentirse extraño, pero la emoción de poder comer al menos una vez a horas, le llenó de satisfacción y tranquilidad. Los guerrilleros, unos quince, no parecían querer irse muy rápido. Uno de ellos,

quizás el jefe, le preguntó en la tarde por qué estaba ahí solo en esas lejanías, y entonces el niño le contó que era una manera de ayudar a los gastos de su casa, trabajando ahí de alquilado. La doña le pagaba a su mamá en remesa y ropa, y así sus hermanitos menores podían vivir mejor en casa y aliviar en algo el hambre. Dice Salomón que recuerda que el guerrillero sonrió de una manera que le hizo dar escalofríos, y le dijo que si acaso no se había enterado que en Colombia ya no existía la esclavitud. Salomón cuenta que se encogió de hombros, pensando qué podía hacer un niño pobre del sur del Tolima, sino trabajar de alquilado para poder ayudar a su familia. El guerrillero le dijo entonces que si se iba con ellos nunca más iba a pasar hambre ni a tener que trabajar tan duro, y que allá le iban a enseñar a leer y escribir, a sumar y restar, iba a poder tener plata para mandarle a la familia y sin matarse tanto. A Salomón eso le pareció muy bueno, y no dudó en irse con ellos, cuando al día siguiente cogieron camino.

No fue sino irse con ellos y pronto se dio cuenta de que las cosas no eran tan buenas como se las habían pintado. Tenía que trasnochar pagando guardia, cocinar en unas ollas enormes para sesenta o setenta personas, y un par de semanas después tuvo que hacer lo que ellos llamaban un curso básico, en el cual aprendió a esconderse camuflándose entre el follaje, avanzar con cuidado sin ser notado, correr y saltar, apuntar y disparar. Pronto empezaron a desplazarse por la región, y entonces lo duro fue tener que cargar esa maleta tan pesada, en la que en ocasiones llegó a cargar incluso hasta un par de arrobas de arroz, grano, panela o sal. Las semanas fueron pasando, y pronto los meses y los años. Nunca sabía cuándo era martes o cuándo jueves, si era marzo o noviembre. Sólo en diciembre algo era diferente, las guerrilleras tejían guirnaldas y decoraban árboles de navidad con bolas de papel y serpentinas de colores, se turnaban para preparar natilla y buñuelos, y en navidad se hacían tamales.

Entonces era cuando más extrañaba a su familia. Salomón pedía entonces permiso para volver a visitarlos, pero el jefe siempre le decía que no se podía, que quizás después. Él empezó a presentir que algo raro había pasado, sobre todo cuando notó que a otros guerrilleros sí les daban la oportunidad de salir adonde la familia. De vez en cuando insistía, pero sin tanto esfuerzo, pues le daba miedo que desconfiaran de él. Además, desconfiaba de las explicaciones que le daban los jefes, si eso era así y la situación estaba tan peligrosa, por qué a los demás sí los dejaban ir de vez en cuando o les traían la familia?

Unos años después, el 23 de octubre de 2003, Salomón supo que su desconfianza no era infundada. Pasaron ese día por una vereda en la cual vivía Román, uno de sus primos lejanos. Salomón tenía que ranchar ese día, y para no alertar a la aviación prendiendo fuego afuera, convinieron con los civiles que les dejaran cocinar en su fogón, dentro de la casa. Esa no era la casa de Román, pero él vino en la tarde a traer un par de gallinas que le habían encargado otros muchachos para la comida. Salomón le recibió las gallinas sin chistarle palabra, agachando la cabeza, y cuando el ecónomo y los otros se retiraron para dejar que él sacrificara y arreglara los animales, su primo le dijo en voz baja que por qué seguía ahí. Salomón no entendió la razón de su pregunta, hasta que Román le contó que a Isaías su padre, le había matado la guerrilla un par de años atrás. Salomón apretó los puños y quiso gritar, pero su primo lo calmó diciéndole que hacer alharaca no le iba a devolver a su padre, que más bien averiguara por qué habían hecho eso y por qué razón no le habían contado nada.

De ahí en adelante no volvió a dormir tranquilo, tenía ya dieciocho años y quería que alguien le explicara por qué razón habían hecho eso. Imaginó que su madre estaría pasando duros momentos, considerando que él era uno de los mayores y la única hermana que le aventajaba en edad también se había ido de guerrillera solo un año después de él.

Para el año 2005 más o menos pasé cerca del área donde estaba la Columna Daniel Aldana, que era la unidad donde andaba Salomón. Ya llevaba yo seis años en la guerrilla, y me habían trasladado del Bloque Oriental por insubordinada. No conocía entonces a Salomón, pero muchos ya comentaban en filas lo que habían hecho a su familia. Su padre había sido "ajusticiado" porque alguien de la vereda lo acusó de ladrón, y resulta ser que después de que le mataran, se siguieron perdiendo cosas en la vereda. Su madre tenía aún cinco hijos menores de edad, entre los catorce y los cinco años de edad, y sufría de obesidad mórbida, por lo cual no podía trabajar en el cultivo familiar de café. Resultó dejando la finca botada, pues luego de ponerse a denunciar el asesinato de su esposo, un jefe guerrillero al que llamaban "el Abuelo" la amenazó diciéndole que si no quería irse a hacerle compañía al difunto mejor se callara la boca y dejara la alharaca.

En octubre de ese año, una de las hermanas de Salomón, Amalfi, que tenía catorce años, decidió ingresar a la guerrilla para buscarlo, pues ella presentía que él ignoraba por completo la suerte de su madre, desplazada ahora, quien le necesitaba más que nunca para que le ayudara a sostener sus hermanitos menores. Amalfi ingresó en la unidad Mariana Campos, donde militaban unos cincuenta guerrilleros, en la cual pasé unos días ese mes de diciembre. Me encargaron entonces de dirigir las cocinas para la fabricación de natilla y buñuelos. Además de encargarme personalmente de la elaboración de las rellenas de tres cerdos y un becerro que habían sido sacrificados para la fiesta de navidad que "el Abuelo", comandante de esa unidad, había programado para invitar a la comunidad de Peñas Blancas.

La noche del 23 de diciembre, a las 10 de la noche, mientras pasaba revista a las cocinas, y volvía a sentarme para terminar de elaborar los embutidos, Amalfi, que en la guerrilla era apodada "Maturana" por la textura de su cabello, se acercó a preguntarme si podía ayudarme en algo, a lo que asentí. Fui entonces a pedirle al encargado de los servicios del campamento

que me la dejara como ayudante para poder terminar la labor más temprano, pues ya veía que me iba a tocar amanecer en vela. Maturana me estuvo ayudando hasta las 2 de la mañana, y me pareció una muchacha bastante despistada pero muy amable, demasiado inocente quizás y de escasa iniciativa, pero de buen corazón. Hablando con ella fue que me enteré de la desgracia de su familia más a fondo, y aunque yo aún no conocía a Salomón, no podía sentir más que piedad por él, luego de escucharla. Maturana me dijo que ya estaba cansada de esperar por encontrárselo, y preguntar por él a todo el que pasaba por los campamentos. Nadie le había dado razón alguna de su hermano. Yo le dije que él estaba en la Daniel Aldana, que entonces se encontraba retirada de allí, por el cañón del río Atá, según sabía. Ella me dijo que no sabía cuánto tiempo más iba a poder perseverar en su búsqueda, y me rogó que si alguna vez lo encontraba, le contara lo ocurrido, a lo que vine.

Unos días después, volví a mi unidad, la Escuela de formación guerrillera Hernán Murillo Toro. Para marzo del año siguiente supe que Maturana había escapado finalmente con un miliciano y que los de la Mariana Campos se esmeraban en su búsqueda. En junio de 2006 supe que le habían hecho consejo de guerra y la habían fusilado. Lloré como una tonta pensando que quizás yo había podido hacer algo para impedirlo, no sé qué ni por qué, pero me sentí responsable en parte porque yo sabía que ella se sentía frustrada por no poder encontrar a su hermano, y sabía que había pensado en irse. Nunca pude olvidar su sonrisa confiada, su cabello enmarañado, sus manos grandes y sus ojos tristes.

Muchos años después, el 3 de enero de 2009, en las cabeceras del río Saldaña, sur del Tolima, sobreviví a un bombardeo. Al menos tres de las bombas de doscientos cincuenta kilos cayeron a menos de cinco metros del lugar donde dormía, la "caleta", como se llama en la selva a estas rústicas camas de tierra y colchón de hojas. Era la una de la mañana y me despertó un zumbido aterrador. Describir el horror que eso implica es imposible, sólo puedo

decir que una convulsión me sacudió el estómago y una corriente fría me recorría el cuerpo mientras intentaba comprender por qué todo estallaba a nuestro alrededor. Unos cinco muertos y siete heridos fue el saldo que nos dejó el bombardeo y posterior desembarco de la tropa. Durante los días que duramos huyendo del ejército, arrastrando a los heridos en camillas por el río, mojados, con hambre, con sueño, fui convenciéndome de que debía escapar, dejar de ser un cuerpo anónimo entre un uniforme prestado y volver a ser yo misma. Las unidades cercanas enviaron algunos de sus muchachos a ayudarnos a cargar los heridos, entre esos refuerzos, venía Salomón, quien pasadas unas semanas, se quedó del todo en nuestra unidad.

Durante semanas le rehuí la mirada, sin saber cómo contarle lo que yo sabía de su hermana, hasta que una tarde a eso de las seis mientras le entregaba el servicio de guardia y le reportaba novedades, le aparté un poco, hacia la orilla del río y le pregunté qué sabía él de su familia. Por lo que pude notar, no tenía idea de nada de lo ocurrido, escasamente conocía del asesinato de su padre, pero del resto no estaba enterado. Tuve que narrarle lo que sabía, en el menor tiempo posible, pues si me demoraba podían sospechar alguna cosa. Lloró y apretó los puños con rabia, y entonces lo abracé.

No podía más que sentir ternura por él, y poco a poco nos fuimos volviendo amigos. De amigos a querernos un poco más, no hubo que hacer mayor esfuerzo, y ocho meses después estaba embarazada. Decidimos entonces de común acuerdo, ocultar mi embarazo lo mejor posible, pues era la única cosa buena que nos había pasado nunca y entrañaba la promesa de una felicidad que siempre nos había sido esquiva.

Juntos pasamos las duras y las maduras durante el embarazo, que fue todo un circo con los antojos y mareos y todo, y nosotros por allá en medio de la montaña. Me acuerdo una vez

que estaba lloviendo y lo hice levantar a la una de la mañana a prepararme unos huevos pericos porque estaba antojada, menos mal que yo era la ecónoma, y entonces tenía permiso para sacar todo lo que necesitara, pero para el pobre Salomón lograr que el guardia le diera permiso de prender candela a esa hora, y lidiar con esa leña húmeda fue otro cuento... Pero me hizo un calderado completo, con cuatro huevos y buen guiso, y los acompañó con arepas de maíz y todo. Como a las dos ya subió a la caleta a llevarme eso, y yo seguía sentada, con dolor de estómago por la ansiedad del antojo. Me comí la mitad, más o menos, y me saboreaba. Le dije que me sabía a nubes del cielo, que nunca había comido algo así de rico. Pero no alcancé a comer más, de repente, me quedé quietita y empecé a sudar frío. él me vió pálida y me preguntó qué me pasaba, pero yo no podía ni hablar. Manoteé apartándolo un poquito y apenas alcancé a hacer el caldero para un lado cuando se me vino el vómito. Me puse a llorar de rabia porque la criatura siempre me hacía esas chanzas pesadas, me desesperaba por comer algo, y en cuanto lo probaba, me lo devolvía.

Así pasaron cuatro meses; para diciembre, mis mareos y vómitos habían despertado tal suspicacia en el comandante, que tuve que confesar mi estado. Los jefes decidieron entonces que, ante la imposibilidad de conseguir un médico en esas lejanías para "hacer el procedimiento", podían permitir que el bebé naciera, así que me dejaron en una finca cercana para que esperara allí los meses que me faltaban para dar a luz.

Cuando el bebé tenía casi dos meses, a finales de agosto de 2010, me dejaron subir cerca del campamento para que Salomón conociera a su hijo, y esa noche lo convencí de huir. Corrimos durante dos días y sus noches, muertos de miedo, pues le temíamos al ejército, a la policía, a los paras, a la guerrilla, a nuestra propia sombra. Fuimos a parar la carrera en casa de mi abuela, en Villavicencio, y allí duramos encerrados cuatro días sin saber qué hacer, hasta que nos decidimos a desmovilizarnos, el 4 de septiembre de 2010.

Hemos pasado por épocas muy duras, y desde que volvimos a la vida civil, casi siempre hemos estado sin un centavo en el bolsillo, lo poquito que ganamos no alcanza ni para pagar las cuentas, pero qué carajos, estamos vivos y estamos juntos. Y eso ya es ganancia.